

ÓSCAR DE LA BORBOLLA

Las
vocales
MALDITAS



se

Las vocales malditas es un verdadero *tour de force*: cada relato está escrito con palabras que sólo tienen la misma vocal. «Los locos somos otro cosmos», por ejemplo, excluye todas las vocales salvo la o; y son así, cinco relatos. Estos textos prueban el talento de su autor para un juego cargado: la arbitrariedad del juego formal sólo es aparente. La vocal dominante resta del lenguaje su habla casual y la vuelve otra versión de las cosas. Se trata de otra manera de nombrar dentro del mismo lenguaje, citando, en su fonética arbitraria, un propósito obsesivo y sistemático, que asedia a los significados con su ironía y su burla. Así, los significantes son la parte ligeramente perversa de la significación; no solamente su vía expresiva.

JULIO ORTEGA

Abraham amaba a Sara cada mañana clara: pasaba la manaza, arañaba la lana, arrancaba la bata, la abrazaba; clavaba las garras hasta matarla. Sara atarantada callaba harta, Abraham la cansaba. «Ya nada habrá —mascaba tras la sábana—, ama a la mala; ataca, aplasta, brama».

Abraham acababa, apartaba la cara, jamás apagaba la flama a Sara, gran dama avasallada; daba palmadas a la santa, la llamaba «alma»; mas jamás la agradaba. Fracasaba la casa blanca, la sagrada paz. Sara maltrataba a Abraham: «¿Habrá raza más mala para la cama?», ladraba. Abraham agarraba la garganta ala casta casada, la arrastraba a la sala. Sara sacaba las palabras más bravas, las dagas pasaban la faz al papanatas. La batalla avanzaba hasta alarmar a Satanás. «¡Sarna! ¡Alacrán fatal!», bramaba Abraham.

«¡Can! ¡Patán anal!», balaba Sara. Más avanzada la mañana, para hallar más armas arrasaban la casa; a la par lanzaban lámparas, tazas, navajas hasta sangrar. Para acabar la tanda, las almas atajaban las bravatas, tragaban carcajadas amargas, ataban máscaras aplacadas a la cara.

«Anda, haragán, a trabajar para ganar la plata», cantaba avara Sara, amarrada a la más vana maldad: mandar para calmar la falta, agachar al canalla, calar más.

Abraham, fantasmal facha, agarra la pala, zafa la aldaba, baja a la calzada, pasa la barranca hasta hallar la cabaña. Allí pagaban tan mal; mas Abraham cargaba las trancas más anchas, alzaba las bardas más altas, amasaba argamasa, clavaba tablas, trazaba largas zanjas. Trabajaba hasta abaratar la paga. Magna transa. Tan gran afán para nada, la grasa baña las barbas a Abraham; mas la talla nada más agranda la panza al capataz.

Sara ajada, más flaca cada mañana, lavaba la casa: arrancaba a las sábanas manchas, canas, caspa; al alzar la sala hallaba cáscaras, naranjas,

tazas rajadas, latas achatadas. Asaba papas, adaptaba las aspas para machacar calabazas, aplanaba la masa, la salaba. Al planchar las maltratadas faldas aplastaba arañas; raspaba las manchadas bragas; mataba ratas para acabar la plaga. «Abraham —habla Sara— jamás arma las trampas. Las ratas a manadas traspasan la alambrada, a tarascadas atacan las patas a la cama, tragan la pasta... ¡Ah, malvada parca! Basta ya, basta ya. Nada salvará a Sara. Nada. Nada». Al trabajar, jamás manaban palabras gratas. Cansada, harta, la gran dama nada amaba. Masacrar a las ratas, matar a Abraham tramaba; mas apagada, blanda, lanzada al drama, nada hallaba para marchar a la paz, acabar la maraña, traspasar tanta trastada, dar mañas al plan.

Sara bajaba a la plaza, andaba al altar, llamaba para aval a Satanás, trazaba rara cábala. Las campanas acallaban las palabras; mas daban alas para pactar. Sara bramaba: «¿Valdrán las afamadas almas tanta mala pasada?» Satán tardaba para cazar más barata a Sara, para lanzarla al mar. La amargada dama avanzaba más gradas; para jalar la balanza alzaba las palmas, aclaraba la ganga: «Vas a ganar —clamaba—, vas a ganar».

A tanta llamada, Satanás da la cara; alarga la gran carta. Sara la agarra, la halla banal, payasa, larga; mas labra la palabra *Sara* para agradecer a Satanás. La Gran Cabra atrapa la carta, la lacra; saca la caja, alza la tapa, saltan salamandras, da a Sara la bala para sanar: «Marcha a la carpa —manda—, allá hallarás blanda paja, gran galán para la carnal falta». Sara arranca a la plaza, va a casa a amarrar la faja para bajar la panza; va a lavar las lagañas, la mala facha para amar al galán.

Saca alpaca, aparta sayal, agarra canasta. «A la carga», canta. Va a la carpa. Al pasar arrabal halla a la banda *Atla's Hampa*. La Llamán: «Acá, chaparra». «Ancla las patas, pásalas». «¿Vas al jacal, chata?» Sara, la cara grana, avanza a zancadas, va más atrabancada. Atrás la banda la aclama.

Sara halla a Baltasar. Charlan: «Ah... ¿Satanás manda?» «Ajá». Pasan la cámara, atrancan la chapa, tragan pasas, alzan la garrafa, danzan. Baltasar saca a Sara la capa, la falda, las mallas. Apagan la lámpara, aplastan la manta, acatan la carta: gran cascada, gran catarata. Alta parvada, sacras arpas. «¡Baltasaaar!» «¡Saaara!» Caravana malva, gas nácar. «¡Bárbara

Sara!» «¡Cabal Baltasar!» Baltasar halaga a Sara, da alhajas, ámbar, ágatas; la abraza, la llama *hada*; saca la palangana, la baña. Baltasar la ama.

Abraham trabajaba. Al acabar la zanja va al bar. Jala la banca, agarra la jarra, parla nasal al capataz: «¡Vaya acanalada!, hasta la pala gasta». «Bah, tamaña pala para arar... Pasa la cana.» «Allá va.» «Ah...» Abraham baja la cara a la manga. «Pasa a la chava.» Abraham agarra la chanza: «Ah... ¿a la arrastrada? Nada más ladra... Mañana, zas». «Pásala.» «¿A la amarga Sara?, ya vas...» «¿Vas a casa?» «Jamás.» Abraham más capataz arman la parranda, claman: «Más jarras, más».

Acabada la hazaña, Sara apalabra a Baltasar. Van a la casa blanca. Hallan acampada a la banda *Atla's Hampa* tras la barranca; Sara va amparada: la banda calla. Baltasar carga la canasta a Sara. Alcanzan la calzada, pasan a la casa. Hallan a Abraham hasta atrás, mala cara, faz atada. «Ah, vaca malvada —brama—, chacal para bacanal.» Abraham alza la pala. Sara salta para atrás. Baltasar avanza: «¡Calma gañán!» Abraham saca larga daga. Satanás atrasa a Baltasar, da armas. Salta la bala. Mata a Abraham. Las babas atascan las palabras. Abraham va al más allá. Sara calma a Baltasar. Cavan gran zanja a la sala para lanzar al carcamal. Sara alaba la talla a Baltasar. Van a la cama, jalan la manta. La mañana aclara las gargantas, cantan, danzan. Baltasar abraza a Sara: «Amada hada», la llama.

El hereje rebelde

En el verde césped del edén, célebre sede de creyentes, el decente Efrén se estremece. Tres deberes del mes lee en el templete del regente: «Defender el vergel del Hereje Rebelde, tener fe en el celeste Jefe de tez perenne, ser excelente». El membrete del Jefe es esplendente, se ve de kermés. Esther se embellece enfrente de Efrén: es de temple terrestre, cree levemente en el deber, el degenera en vez de repelerle le vence. Se ven brevemente, temen se decreta el envejecer, se envenene el éter, se cercene gente, se eleve el jerez.

Desde el estrés del Jefe el edén decrece, el excedente le pertenece, se ejercen leyes dementes, se debe beber detergente en vez de leche, ser pelele, ser pedestre, ser deferente; es menester entretenerse en tejer redes, en prender rebeldes. En el Este, trece rehenes perecen de sed; en el frente fenecen de herpes, de peste. El edén se ennegrece, se pretende reprender herejes, perderles.

—¡Eh, Esther, ven!, relee el deber. El Jefe se excede.

—¿Prevés el tren del semestre?...

Me enteré del brete de gente decente en el Este: nenes, bebés perecen. El clemente es el Hereje Rebelde: desprende el ente del creer, mete el entender, cede excelentes mercedes. El Rebelde merece el belvedere...

—Esther, eres efervescente. Ten en mente el menester del Jefe, es rete vehemente, de repente crece, reverdece, expele seres...

—Ese vejete me prende. Es jefe, regente, gerente. Perennemente deberes: «llévenme el neceser», «lléntenme de peces», «repten», «trepén», «dejen de verme», «récenme preces», «enderécense», «respéntenme», «festéjenme», «perseveren», «refránense», «esperen», Preferentemente «esperen», «vegeten», «déjense». Se cree el Ser, el Tres Reyes; es el jején del edén.

—¡Esther! ¡Detente! ¿Pretendes descreer de Él?

—¡Efrén, temerle es endebles! ¡El presente debe ser del Rebelde! Él es terrestre, es el envés del Jefe. De Él es ese «dejen de depender», ese «mézclense», ese «bésense», ese «deséense». El entender debe extenderse.

—¡Esther, se te mete el Rebelde!

—¡Emerge Efrén!, eres decente. Despréndete de ese telele, es memez de bedel. Ve de frente, mereces se te respete, se te deje beber, expeler semen, tenderte en el césped. Mereces se te revele el ser del éter celeste, se te eleve, se te deje emprender. El emprender es el eje del entender...

—Efrén se mece: es el deber del Jefe enfrente del descreer rebelde; teme le deshereden, le echen del edén, le fleten de res, le llenen de herretes; Esther le embebe, se mete en él, le vence: «Tenerme en el césped... tenerme tres, trece veces... excederte... es... es... excelente, Efrén».

De repente del éter emerge del celeste Jefe: «¡Ejem! ¡Dejen de entenebrecerme, seres febles! ¡Vermes! Refléjenme, venérenme, échense, desesperen. Les generé de heces en el retrete del desdén, les presté el verde edén. Les exenté de fenecer. Les estrellé el éter. Les enderecé el pesebre. Les enseñé el deber... ¡Me entenebrecen, seres herejes, les perderé! ¡Recelen! Efrén, desde este mes debes merecer el jerez. Te meteré vehemente sed. Este deber te merme, te reste, te cercene... Esther, eres gente terrestre, plebe de rebelde, te he de vencer. El degenero te preñe, el bebé te fermente, te preñe estrecheces, te encrespe, te desmelene. Desde el belén, Efrén te despeche, te cele, te frene...»

El Jefe les expela, les mete reveses dementes, el eje del edén cede, el templete se estremece, el verde se desprende, se ennegrece el vergel. Se les ve perder el esplendente ser: Esther envejece, Efrén le precede. El brete es de meses, de repente entrevén en el célere presente encenderse el éter: es el Rebelde.

—¡Esther, Efrén, espérenme!... Serénense... Desenrédense de ese temple, peleen. Es menester se despejen; perder el edén es el destete. El Jefe es endeble. Dejen de temerle, es celeste, depende del creer, del tenerle fe... ¿Preñes?, ¡éjele!, entérense: se prevé... ¿Merecer el jerez?, ¡éjele! Se emprende... de este enser emerge excelente jerez... Estrenen el entender

rebelde, creen enseres. Eleven este terrestre edén, céntrense en él. Es breve este entremés. Embelésense, deséense, desde este mes se pertenecen, les pertenece el excedente, llénense, bésense, rebélense. ¡Es menester vencer!

Mimí sin bikini

Insistir, Crispín?... Mi visir, mi bichín, mi cid: si sin ti viví difícil chipichipi sin fin: crisis y crisis: bilis, rinitis, tisis. (*Snif, snif.*)

—...

—¡Fingir!, ¿fingir mis crisis?... ¿Ni tisis, ni rinitis, ni bilis? ¡Sífilis!... ¡Cistitis!... ¡Sífilis, Crispín!... ¿Infringir mi civil vivir?, ¿crispir mi hipil?... Si sin ti, ni vi films. Viví gris sin brindis ni picnics... Si inhibí mi ji ji y vi mi fin... Sí, Crispín, vi mi fin y mi tris...

—...

—¡Vil! ¡Vil Crispín!... ¿Mi Flirt?, ¿dirigir mi bici sin bikini? ¡Mil jipis, mil Lics y Mimí sin bikini!... ¡Incivil! Si ni dirigí mi bici. (*Snif, snif.*) Sin ti, vi mi *I Ching* y viví mi crisis gris gris, sin vid ni bisbís ni chinchín ni Lizt.

—...

—¡Crispín! ¡Crispín! ¡Mi crin! ¡Mi tisis!... (*¡Chin! ¡Chin! ¡Pin! Snif, snif. ¡Chin! Iiiih. ¡Chist! ¡Chin!*) ¡Crispín, plis! (*Snif; snif.*) ¡Plis plis, Crispín! ¡Sí!... Sí, mi Crispín... Sí sí, mi michi, sí...

—...

—(*Snif, snif.*), Sí, sí Crispín, incidí... sí, sí, ni crisis ni bilis; sífilis sí (*Snif, snif.*) y cistitis... Di mi lid, di mi lid y... dimití...

—...

—Sí di... di mi sillín; sin iris di mi sí... y sin bikini di mi vil sí.

—...

—¿Si insistí?... Sí. Philip, Gil, Billy y mil jipis... (*¡Chin! ¡Chin! ¡Ijjj! Hip, snif, snif.*) ¡Mi tic, Crispín! ¡Mi tic!... Sin ti, mi cid chic, mi viril símil, di mis... (*¡Chin! ¡Chin!*)

—...

—¡Plis, Crispín, plis! (*Snif, snif.*) Sí, sí... fingí fililí y tisis, y vil inscribí mi: «Miss Mimí dividivi sin bikini *in this city*». Sí, imprimí mi listín y viví

vigil. (*Snif, snif.*)

—...

—Sí, mis mil.

—...

—Sí, sin bikini, mil.

—...

—¿Ir?... ¿Insistir, Crispín?... ¡Incivil!

—...

—¿Mimí sin bikini y Crispín mi ministril? ¿Mi Rintintín?

—...

—¿Dividir mi din?... ¿Mil y mil? ¡Ni pimpi, Crispín, ni pimpi! (*¡Chin! ¡Pin! ¡Chin! ¡Chin! Crij. Crij. ¡Chin! ¡Chin! ¡Iij! Hip. Snif, snif.*) ¡Mi fin!... Mi fin... (*¡Pin! ¡Pin! ¡Chin!*)

—...

—¡Sí, Crispín! ¡Sí!... ¿Y mi cistitis?, ¿mi sífilis?... (*¡Chin! ¡Chin!*) Sí sí, Crispín, sí, mil y mil. (*Snif, snif.*) Sí sí, sin hipil y sin bikini... mitin y bici sí sí, y fingir y chist... (*Snif, snif.*) Sí, mi visir, sí, mi pillín, sí...

Los locos somos otro cosmos

Otto colocó los shocks. Rodolfo mostró los ojos con horror: dos globos rojos, torvos, con poco fósforo como bolsos fofos; combó los hombros, sollozó: «No doctor, no... loco no...» Sor Socorro lo frotó con yodo: «Pon flojos los codos —rogó—, ponlos como yo. Nosotros no somos ogros.» Sor Flor tomó los mohosos polos color corcho ocroso; con gozo comprobó los shocks con los focos: los tronó, brotó polvo con ozono. Rodolfo oró, lloró con dolor: «No, doctor Otto, shocks no...» Sor Socorro con monótono rostro colocó los pomos: ocho con formol, dos con bromo, otros con cloro. Rodolfo los nombró *doctos*, *colosos*. Con dolorosos tonos los honró. Como no los colmó, los provocó: «Son sólo orcos, zorros, lobos. ¡Monos roñosos!» Sor Flor, con frondoso dorso, lo tomó por los hombros; sor Socorro lo coronó como robot con hosco gorro con plomos. Rodolfo, con fogoso horror, dobló los codos; forzó todos los poros, chocó con los pomos, los volcó; soltó tosco trompón, sor Socorro rodó como tronco. «¡Pronto, doctor Otto! —convocó sor Flor— ¡Pronto con cloroformo!, ¡Yo lo cojo!...» Rodolfo, lloroso con mocos, los confrontó como toro bronco; tomó rojo pomo, gordo como porrón. Sor Flor sonó como gong, rodó como trompo, zozobró.

Otto, solo con Rodolfo, rogó como follón, rogó con dolo: «Rodolfo... don Rodolfo, yo lo conozco... como doctor no gozo con los shocks; son lo forzoso. Los propongo con hondo dolor... Yo lloro por todos los locos, con shocks los compongo...»

—No, doctor, no —sopló ronco Rodolfo—. Los shocks no son modos. Los locos no somos pollos. Los shocks son como hornos; son potros con motor, sonoros como coros o como cornos... No, doctor Otto, los shocks no son forzosos, son sólo poco costosos, son lo cómodo, lo no moroso, lo pronto... Doctor, los locos sólo somos otro cosmos, con otros otoños, con

otro sol. No somos lo morboso; sólo somos lo otro, lo no ortodoxo. Otro horóscopo nos tocó, otro polvo nos formó los ojos, como formó los olmos o los osos o los chopos o los hongos. Todos somos colonos, sólo colonos. Nosotros somos los locos, otros son loros, otros, topos o zoólogos; o como vosotros, ontólogos. Yo no los compongo con shocks, no los troncho, no los rompo, no los normo...

Rodolfo monologó con honroso modo: probó, comprobó, cómo los locos sólo son lo otro. Otto, sordo como todo ortodoxo, no lo oyó, lo tomó por tonto; trocó todos los pros, los borró; sólo lo soportó por follón: obró con dolo. Rodolfo no lo notó. Otto rondó los pomos, tomó dos con cloroformo, como molotovs los botó. Rodolfo con los ojos rotos mostró los rojos hombros; notó poco dolor, borrosos los contornos, gordos los codos; flotó. Con horroroso torzón rodó con hondo sopor. Rodolfo soñó. Soñó con rocs, con blondos gnomos, con pomposos tronos, con pozos con oro, con foros boscosos con olorosos lotos. Todo lo tocó: los olmos con cocos, los conos con oportito rojo, los bongós con tonos como Fox Trot.

Otto lo forró con tosco cordón, lo sofocó. Rodolfo sólo roncó. Sor Socorro tornó con poco color. Sor Flor con bochorno tomó ron: «Oh, doctor —lloró—, oh, oh, nos dobló con sonoro trompón.»

Otto contó cómo lo controló.

—Otto, pospón los shocks —rogó sor Socorro.

—No, no los pospongo. Loco o no, yo lo jodo. No soporto los rollos... Pronto, ponlo con gorro.

—¿Cómo, doctor —notó sor Flor—, ocho volts?

—No, no sólo ocho. ¡Todos los volts! Yo no sólo drogo, yo domo... Lo domo o lo corrompo como bonzo.

—¡Oh no, doctor Otto!, como bonzo no.

—¡Cómo no, sor Socorro! Nosotros no somos tórtolos o mocosos; somos los doctos... ¡Ojo, sor Socorro! No soporto los complots...

Otto con morbo soltó todos los volts, los prolongó con gozo. Sor Socorro con sonrojo sollozó. Sor Flor oró por Rodolfo. Rodolfo roló como mono, tronó como mosco. Otto lo nombró: «Don gorgojo», «loco roñoso», «golfo». Rodolfo zozobró con sonso momo. Otto cortó los shocks.

Un gurú vudú

Un gurú vudú, un Duvulur, supusu un mundu futuru mu suyu; un mundu cuyu multitud frustradu pur sus Tuntuns Mucutus nuncu luchuru, nuncu junturu sus músculus puru hundur su curul. Su tutur, Pupú Duc, un sultín mu crul, un furúnculu du Luzbul, fundú su brutul club cun un grupúsculu du brujus du truculuntus trucus cun sustu vudú. Muchus uñus ul publu sufrú pústulus, sudú jugus púrpuuru, tuvú tumurus du pus, susurrú su runcur, su humbru, su murtu, su cruz.

Husu muchu, Pupú Duc cun vuz guturul murmurú:

—Duvulur, tu Pupú Duc su pudru, sucumbu, su vu puru ultrutumbu. Tu turnu llugú...

—¿Mu turnu llugú? ¿Tú, tudu un gurú vudú su pudru? (*Bu, bu.*)

—¡Uscuchu burru, pun tu cucuruchu! ¡Tú usurpurús mu curul!

—(*Bu, bu.*) Tú, tu pudrus.

—¡Uscuchu tu futuru!

—(*Bu, bu.*)

—Puru guzur dul usufructu du tu Pupú Duc dubus cumplur dus costumbrus: prumuru luzur tu culu u lus grungus sun rufunfuñur, sun rufunfuñur pus tú urus unu sucursul; u sugundu, dudus fundur tu cultu, fulgurur. Qu tu cultu suplu lu culturu. Sun culturu, tu chusmu surú chusmu hustu ul fun. Nuncu plurul, pun tu pulsu brutul cumu un súcubu du Luzbul.

—Pupú Duc, lu chusmu ruju: «¡Pulcrutud! ¡Un mundu justu!»

—Pun un muru. Usu Tuntuns Mucuts...

Duvulur pusu su bustu pur tudu lugur, juntú su grupu du brujus, tuvú su curul, su cúpulu; hurtú, fu ul súmum du lu unjustu, tuvú ugustu u Luzbul; sun umburgu nu supu, su futuru sucumbú pur un tumultu qu cumu un ulud sulfurú u lus grungus. Trutú du supurur su sustu cun fusulus u puñulus, mutulú surus humunus, zumburun sus muñucus vudú; mus ul funul huyú.

Ul gurú pululu cun su furtunu buju lus nubus du Purús, lus grungus buscun un nuvu sultún, un «gud gurú», u lu chusmu sun rumbu, sun turnu, sun mundu, muscullu: «¡Luz! ¡Luz!», dundu tumbus.



ÓSCAR ERNESTO DE LA BORBOLLA Y RONDERO (Ciudad de México, 8 de septiembre de 1949) es un filósofo, ensayista, narrador, poeta y conferencista mexicano. Es profesor titular en el área de Metafísica y Ontología en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Acatlán en la Universidad Nacional Autónoma de México. Completó su Licenciatura y Maestría, con mención honorífica, en filosofía, en esta misma universidad. Realizó estudios de doctorado en filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, España.

Ha obtenido los siguientes premios por sus cuentos: Mención Honorífica en el Concurso Internacional de Cuento Esperante (1985), con el cuento *El canto de las sirenas*, y el Premio Internacional de Cuento Plural (1987), con el cuento *Las esquinas del azar*. También ha obtenido varios premios por sus novelas *Nada es para tanto* (1991) y *Todo está permitido* (1994).